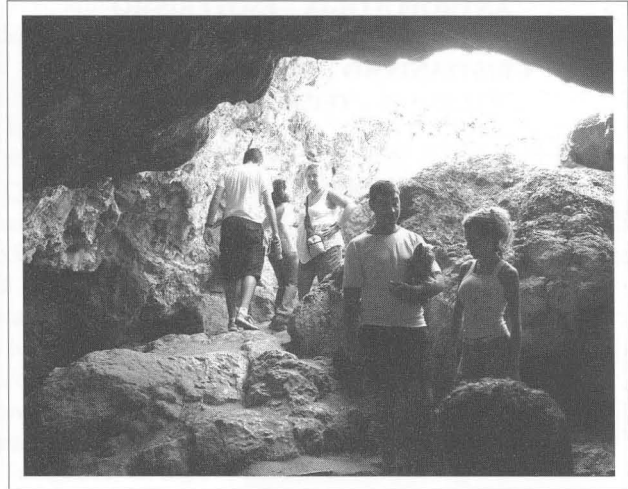
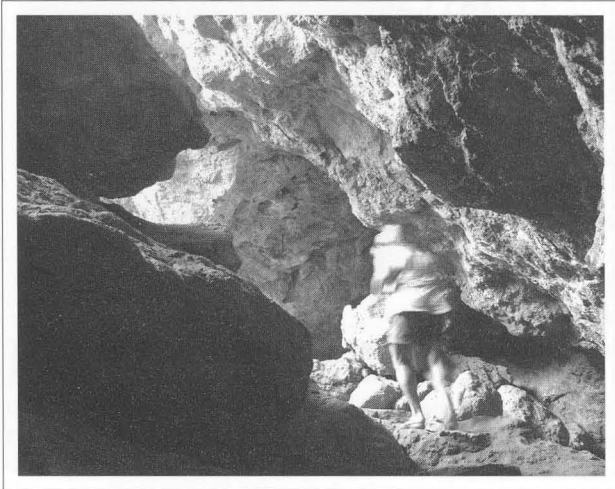


La Cueva de Montesinos está en el capítulo XXII de la segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha: *“Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de La Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha”*. Y lo que hace Cervantes es convertir lo que no deja de ser una vulgar oquedad de cierta profundidad en un espacio mágico en el que don Quijote da rienda suelta a su fantasía.



Iba don Quijote dando voces que le diesen sogas y más sogas, y ellos se la daban poco a poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogas, y fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo eso, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron a recoger la sogas con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro; y, creyéndolo así, Sancho lloraba amargamente y tiraba con mucha prisa por desengañarse, pero, llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron...

Visitar las Lagunas de Ruidera y no acercarse hasta la Cueva de Montesinos sería desperdiciar una oportunidad única de comprobar el extraordinario sentido del humor de Miguel Cervantes. La Cueva de Montesinos está en el capítulo XXII de la segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha: *“Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de La Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha”*. Y lo que hace Cervantes es convertir lo que no deja de ser una simple oquedad de cierta profundidad en un espacio mágico en el que don Quijote da rienda suelta a su fantasía, aunque la descripción del acceso a la cueva es muy realista: *“... y otro día a las dos de la tarde llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras (espinos) y cabrahigos (bigueras), de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren.”*

La Cueva de Montesinos está junto al camino que lleva desde la ermita de San Pedro a Ossa de Montiel. La vegetación dominante es de encinas, con algunas sabinas por aquí y por allá. En los pequeños claros de este bosque de

encinas, matorrales de espinos negros, atochales (espartales) y aromáticos romeros. No hay el menor rastro de cabrahigos. El acceso a la cueva lo determina una boca de círculo irregular. Se puede bajar sin exceso de dificultades, aunque hay que llevar linternas. Y que nadie pretenda ver ningún prodigio. En un cartel, próximo a la boca de entrada, podemos leer que a la izquierda de la gruta, existe una oquedad que se conocía con el nombre de los Arrieros, porque allí se guarecían de las inclemencias del tiempo; y que más abajo, en la llamada Gran Sala, hay murciélagos. Otro letrero no deja perplejos: *“Por la pureza de la arcilla de su interior, en tiempos de los romanos se instaló un horno de cerámica al pie de la entrada, cuyos restos aún pueden verse”*. (no vimos el menor resto de algún horno cerámico).

Todo lo que se puede ver en la cueva de Montesinos lo explica actualmente un guía, que pide los correspondientes tíquets para conducir la visita con linternas. El guía se despacha suficiente con una singular explicación: viene a decir que la cueva –refugio de arrieros– debe su fama a Cervantes (¡naturalmente, porque no deja de ser una cuevucha!), alcaballero que fue encarcelado en Argamasilla de Alba, donde empezó a escribir *El Quijote*. Estas afirmaciones forman parte del imaginario argamasillero, sin que tenga la menor base, el menor fundamento histórico. Cervantes, a fecha de hoy, mientras no aparezcan otros documentos auténticos, únicamente estuvo preso en Sevilla (aparte de su cautiverio en Argel)...

Todo lo que vio don Quijote en la cueva de Montesinos se encuentra en el capítulo XXIII (segunda parte). Ahora es el turno del lector.

Gabriel Argumáñez  
Fotos: Pablo T. Guerrero